

EL AUTOCONCEPTO Y SU DESARROLLO EN EL ALUMNO DE NIVEL PREESCOLAR

El autoconcepto es un factor relevante en la vida de las personas, el cual se desarrolla a partir de las experiencias con los otros. El autoconcepto es considerado como el elemento fundamental para el desarrollo óptimo de cualquier ser humano. Investigaciones realizadas por Naranjo (2007) señalan que la mayoría de las personas que desarrollan una percepción saludable de sí mismo consolidan una personalidad equilibrada y estable, la cual les permite actuar en la vida con un juicio crítico y contribuye a desarrollar una actitud positiva ante los problemas de la vida cotidiana.

De tal forma la confianza, aceptación y concepto de nuestra persona, guía y determina la forma de pensar y sentir. El nivel que tengamos de autoconcepto afecta en todos los ámbitos de la vida como: el familiar, escolar, laboral y social. Un nivel de autoconcepto favorable permite desarrollar mayor seguridad como persona y con ello desarrollar nuevas capacidades y talentos. Investigaciones educativas realizadas por Fragers (2005), señalan que los niños que logran establecer lazos afectivos más profundos muestran más seguridad en la escuela y

obtienen buenos resultados académicos, son aquellos que han desarrollado una seguridad y confianza en su persona, en sus capacidades y habilidades como ser humano.

En el nivel preescolar y de acuerdo al Programa de Estudios 2011, se tiene como objetivo con los niños: contribuir al proceso de formación de su identidad y personalidad, por lo que se pretende que los alumnos aprendan a regular sus emociones, a trabajar colaborativamente, a resolver conflictos mediante el diálogo y a respetar las reglas de convivencia dentro y fuera del aula. Además, se busca contribuir con los niños para que adquieran confianza para expresarse, dando a conocer sus emociones, sentimientos y necesidades de forma saludable.

EL AUTOCONCEPTO Y SU DESARROLLO EN EL ALUMNO DE NIVEL PREESCOLAR

El autoconcepto representa un aspecto importante para todo ser humano ya que constantemente se enfrenta a cambios, retos y desafíos que implican poner en juego no solo sus conocimientos, capacidades, habilidades y destrezas, sino la percepción de sí mismo para sentirse e identificarse como capaz de resolver los desafíos de su vida cotidiana. El papel que desempeña la personalidad en la vida del ser humano es primordial, gracias a que permite actuar con seguridad, autonomía, estabilidad emocional y respeto hacia sí mismo. Sin embargo, estas capacidades y habilidades tienen poca relevancia en las escuelas y familias, dando el desarrollo de conocimientos formales y escolarizados. Se olvida que el desarrollo de una personalidad equilibrada para el ser humano es la base fundamental para vivir digna y armónicamente.

Estudios realizados por (Córnick,2004) señalan que una sana percepción sobre sí mismo permite: adquirir habilidades sociales, expresar sentimientos, desarrollar sentimientos positivos consigo mismo, identificarse como persona independiente, con atributos físicos e intelectuales. Este tipo de personas

manifiestan una plenitud emocional ya que confían en sí mismas, valoran su persona y viven libremente. En cambio, la falta de valía y reconocimiento personal, contribuye a sentimientos de estrés, ansiedad y enojo, situaciones que no permiten que una persona tome decisiones de una manera equilibrada.

En definitiva, el fortalecimiento del autoconcepto implica primeramente reconocer lo que son elementos de la personalidad estructurados a partir de factores sociales, biológicos y personales, pero también es un trabajo personal que implica desarrollar la propia capacidad de valoración y reconocimiento. Por lo que la participación de las familias y la escuela debe darse desde edades muy tempranas, con la finalidad contribuir a ese esfuerzo individual que realiza el niño desde las primeras interacciones que establece con quienes le rodean.

El autoconcepto es parte fundamental de la personalidad, y ésta, al ser una estructura dinámica integrada por características psicológicas, biológicas, y sociales, permite al individuo actuar de cierta manera. Desde el nacimiento toda persona va desarrollando su propia personalidad gracias a la interacción. El término personalidad proviene de un vocablo latino que hace referencia a la máscara que utilizaban los actores del teatro clásico. De acuerdo a Gargallo (2011) la personalidad está integrada por dos componentes: el temperamento y el carácter.

El temperamento, refiere a las disposiciones afectivas de una persona, incluye la manera en que reacciona y se conduce ante un evento o acontecimiento. El temperamento se estructura a partir de la herencia biológica por parte de los padres, y permanece estática hasta casi los cinco años de edad. Existen diversos tipos de temperamentos, German (2012) propone los siguientes:

- Temperamento fácil: Las personas con este tipo de temperamento se caracterizan por la facilidad de adaptarse a diversas situaciones y condiciones del medio. Son personas positivas, con habilidades sociales que les permite interactuar fácilmente con los demás.
- Temperamento difícil: Se caracteriza por la presencia de irritabilidad y enojo constante, las personas con este tipo de temperamento muestran dificultad para establecer relaciones sociales. Manifiestan miedos, estrés y constante ansiedad (cuando se encuentran en contextos desconocidos).
- Temperación de adaptación lenta: Las personas con este tipo de carácter muestran poca apertura a los cambios, su situación emocional suele ser susceptible y con frecuencia les genera inestabilidad emocional cualquier persona o suceso con el cual no hayan interactuado previamente. Su adaptación a los contextos depende de diversas circunstancias, se muestra cómodo y seguro paulatinamente.

El carácter es el otro componente de la personalidad, refiere a aquellas características aprendidas por medio de factores y circunstancias sociales. Se

integra a partir de ciertas particularidades que forman parte de la personalidad. Valora características psicológicas y orienta el comportamiento del individuo ante situaciones determinadas (German, 2012). El carácter incluye reacciones y hábitos conductuales, se desarrolla de manera dinámica a lo largo de la vida. Y es a partir de éste que se generan ideas y creencias acerca del mundo.

La interacción que se establece entre el carácter y el temperamento permite que el sujeto desarrolle rasgos de su personalidad y habilidades sociales como: autorregulación, autoestima y rendimiento académico. La personalidad incluye lo que piensa una persona, lo que siente y la forma en la que se interrelaciona con su medio. Es una organización dinámica, que, de acuerdo, a las ideas de Hurlock (1998) incluye:

- Hábitos: Entendidos como aquellos actos conductuales que se repiten de manera sistemática. Estos puede ser asimilados de manera consciente e inconsciente. Algunos hábitos suelen apoyar el desarrollo de la persona como los hábitos de lectura, de estudio y de esfuerzo continuo.
- Creencias: Conjunto de ideas, paradigmas y conceptos que nacen desde el interior de una persona. Las creencias regularmente se forman a partir de factores externos y condiciones sociales.
- Estados emocionales: Se refiere a condiciones afectivas que se producen ante un hecho, suceso o evento. Los estados emocionales se integran de componentes conductuales referidos a las acciones expresadas ante un

hecho circunstancial. Algunas emociones pueden ser el miedo, la alegría, la tristeza y la ira. Las conductas para reflejarlas pueden ser acciones, gestos, expresiones verbales o faciales.

- Sentimientos: Integradas por un conjunto de estados de ánimo, resultado de diversas emociones. Los sentimientos en la persona forman parte de la personalidad, proviene del verbo sentir y se refiere al resultado de experiencias a nivel emocional. Los sentimientos en la persona pueden ser episódicos o de larga duración, esto depende de la experiencia generada. Son el resultado de emociones, algunos estados emocionales son la tristeza, el enojo, el miedo, entre otros.

La personalidad se conforma a partir de cada uno de estos elementos y tiene gran importancia, considerando, que, gracias a ésta, es posible tener una determinada actitud en el entorno social en el que se interactúa. Una desarrollada personalidad permite tener una valoración completa de sí mismo, con ella es posible enfrentar diversas dificultades en la vida. El papel que desempeña la personalidad en la vida del ser humano es primordial, gracias a que en ésta se desarrolla la seguridad y respeto hacia sí mismo. Autores como Naranjo (2007), manifiestan que esta percepción influye en aspectos cognitivos y auto-evaluativos que realizan las personas sobre sus propias características, lo cual se le denomina autoconcepto.

El término de autoconcepto puede ser estudiado desde diferentes teorías y puntos de interés. Existen autores que consideran que la formación del autoconcepto en el ser humano, además de ser producto de diversas influencias ambientales, también es el resultado de situaciones y características hereditarias, por lo que no solo el ambiente influye en la formación de la concepción de sí mismo, sino además, las condiciones biológicas de cada ser humano.

García y Musito (citados por Gargallo, 2009) definen al autoconcepto como un constructo que representa la percepción sobre sí mismo físico, social y espiritualmente. Es gracias a éste que el individuo logra apreciarse y valorarse íntegramente. El autoconcepto es un sistema complejo dinámico, integrado por un conjunto de creencias e ideas que tiene el individuo sobre su persona, formado a través de la propia experiencia e interacciones con el ambiente.

Para autores como Loperena (2008), el autoconcepto es una construcción multi-referencial, compleja e integral, que incluye varios aspectos de la personalidad. Seymon, Epstein, Albert Bandura, Susan Harter, citados por el mismo autor, señalan que la formación y estudio del autoconcepto implica considerar tres características básicas:

- 1.- El autoconcepto es una organización cognitiva y afectiva.
- 2.- El autoconcepto es una estructura multidimensional y jerárquica.

3.- El autoconcepto es una realidad dinámica y evolutiva.

De esta forma, se considera que el autoconcepto en el individuo está integrado por un componente cognitivo, afectivo y evaluativo en el que existe una influencia recíproca. Analizar dichas características es de gran importancia para la presente investigación, ya que retoma el término autoconcepto como una organización cognitiva y afectiva. De tal manera que no sólo se consideraron importantes las situaciones y experiencias afectivas del alumno, sino, además, los procesos cognitivos que desarrolló para autoevaluar sus conocimientos, ideas y limitaciones.

2. El autoconcepto es una estructura multidimensional y jerárquica. La autora Susan Harter que fue citada en Loperena (2008), fundamenta que el autoconcepto es una concepción global que se compone a partir de las siguientes dimensiones:

- a) Autoconcepto físico.
- b) Autoconcepto emocional.
- c) Autoconcepto social.
- d) Autoconcepto escolar.

A partir de estas dimensiones, es posible estructurar un esquema integral del autoconcepto. Cada una de estas derivaciones se explicará a detalle más adelante.

El autoconcepto es una realidad dinámica y evolutiva. La tercera característica permite identificarlo como una estructura creada por sí misma, que se encuentra en constante construcción debido a que se integra progresiva y evolutivamente. De esta forma, la percepción de sí mismo se modifica y reajusta de manera continua, de acuerdo a las diferentes experiencias e incluso de acuerdo a cada etapa de desarrollo de la persona.

La percepción de sí mismo puede modificarse a lo largo del día, de acuerdo a experiencias favorables o desfavorables a las que se enfrenta cada individuo. Sin embargo, un autoconcepto adecuado permite hacer frente a situaciones negativas que pueden poner en riesgo la estabilidad emocional y la percepción positiva que se tiene.

Finalmente, el autoconcepto es un conjunto de juicios evaluativos que hace la persona sobre sí mismo, incluye la forma en la que se conoce y valora. El autoconcepto incluye una percepción global de la propia persona, incorpora aspectos relacionados con su comportamiento y forma de ser. Esta propia representación está integrada por las siguientes dimensiones:

- a) Conductual: Percepción sobre aquellos comportamientos adecuados en diferentes contextos sociales.
- b) Intelectual: Se refiere a la percepción respecto a la capacidad de poder aprender.
- c) Físico: Ideas y concepciones referidas al aspecto, condiciones y competencias físicas.
- d) Social: Se genera gracias al éxito obtenido en las relaciones personales, integra la percepción como individuo en una sociedad.
- e) Felicidad y satisfacción: Se fundamenta en el agrado y valoración respecto a las características de la propia persona.

Para tener una visión más completa e integral del autoconcepto en los sujetos de estudio de esta investigación, fue necesario la valoración de cada una de estas dimensiones, por lo que se implementó la escala de autoconcepto propuesta por Harris, la cual permitió el análisis a profundidad de cada caso.

Susan Harter (citada en Loperena, 2008) señala que un análisis y valoración profunda del autoconcepto requiere tener las siguientes consideraciones:

- a) El autoconcepto implica que cada individuo valore sus rasgos físicos, estados emocionales, relación social que establece con los otros y el éxito

obtenido en ambientes sociales y escolares. Las ideas que se tienen en cada una de las dimensiones permiten, en su conjunto, tener una idea completa sobre la propia persona.

b) La concepción jerárquica del autoconcepto reconoce de manera gradual ir incorporando elementos que lo definan y diferencien como persona. La formación de la personalidad y autoconcepto no es un proceso estático, por lo que gracias a diversas experiencias y pensamientos, se realizan ajustes mentales que van formando parte de su personalidad.

Realizar el análisis de cada una de estas características acerca del autoconcepto, permite identificar finalmente que éste constructo integral parte de la consideración de varias dimensiones de la personalidad, en las cuales no sólo intervienen factores internos, sino, además, externos. La formación del autoconcepto contribuye al funcionamiento óptimo de la persona tanto en el plano físico, cognitivo, social y afectivo. De esta manera, para finalizar es importante mencionar que el favorecer y propiciar ambientes y estados emocionales óptimos fortalece el autoconcepto y permite a las personas tener un desempeño favorable, actitudes y relaciones sociales positivas consigo mismo y con los demás.

El concepto que se tiene sobre sí mismo, es un elemento importante para todo ser humano, implica una valoración integral respecto al desempeño como persona, aún considerado los límites y dificultades. Incluye juicios e ideas respecto

a nuestra conducta en diferentes situaciones y contextos sociales. Por otra parte, también retoma las ideas sobre sí mismo, física e intelectualmente, así como el grado de control de emociones negativas ante situaciones de estrés o conflicto.

En otras palabras el autoconcepto es una percepción global de dimensiones físicas, emocionales, sociales e incluso escolares. Algunos investigadores mencionan que todo ser humano realiza esta percepción a partir del éxito y logros en cada una de estas dimensiones (Gonzalez, 1997). Al respecto señala German (2012), que esta valoración implica un desafío personal que invita a un autoanálisis y valoración respecto a: ¿quién soy?, ¿qué actitudes me identifican?, ¿qué ideas tengo sobre mi cuerpo e imagen?, ¿con qué recursos intelectuales dispongo para ser exitoso?, ¿cómo me relaciono con los demás?, entre otras. Este análisis busca identificar aquello con que se cuenta (potencialidades y capacidades), pero el logro de nuevas habilidades y competencias y actitudes, implica un desafío a nivel cognitivo y afectivo.

Partiendo de estos elementos, el hablar del autoconcepto conlleva un proceso de valoración en diferentes dimensiones y aunque existen autores que señalan diversidad de componentes y dimensiones, Harris (citado por Méndez, 2011) explica que el autoconcepto es una percepción global que integra juicios y valoraciones de la personalidad. Respecto al ser y al comportamiento, propone que a partir de las siguientes seis dimensiones puede realizarse una valoración

más profunda e integral, sin dejar de lado ningún aspecto importante de la personalidad.

Por otro lado, las dimensiones que propone Piers (citado por Méndez, 2011) son las siguientes:

1. Dimensión conductual.
2. Dimensión intelectual.
3. Dimensión física.
4. Dimensión social.
5. Dimensión felicidad y satisfacción.

Cada una de estas dimensiones brinda un referente sobre los efectos en la personalidad del individuo. Por ejemplo, la dimensión conductual, social, felicidad y satisfacción contribuyen a desarrollar competencias y actitudes que favorece a que las personas sean aceptadas en su contexto social, pero al mismo tiempo desarrollen sentimientos de empatía hacia los demás. La dimensión física e intelectual brindan los elementos para un reconocimiento desde la percepción global del cuerpo e imagen, hasta las competencias intelectuales que distinguen a

una persona y que forman parte de las propias herramientas para el logro de éxitos escolares y laborales.

BIBLIOGRAFIA

Frager, R. y Fadiman, J. (2005). *Teorías de la personalidad*. Segunda edición.

México: Oxford/Alfa Omega.

Córmack Lynch, M. (2004). Estrategias de aprendizaje y de enseñanza en la educación del menor de 6 años, en: *Acción Pedagógica*. 13 (2), pp. 154-161.

Gargallo López, B. (2011). *Estrategias de aprendizaje: un programa de intervención para ESO y EPA*. España: Centro de Investigación y Desarrollo Educativo.

Hurlock, Elizabeth B. (1998). *Desarrollo del niño*. Sexta edición. México: McGraw-Hill.

Dislayne Díaz, A. y Yoel, M. (2000). *La importancia de promover en el aula estrategias de aprendizaje para elevar el nivel académico en los estudiantes de Psicología*. Cuba: Centro Universitario José Martí Pérez.

Loperena Anzaldúa, M. A. (2008). El autoconcepto en niños de cuatro a seis años, en: *Tiempo de educar*. 9 (18), pp. 307-327.